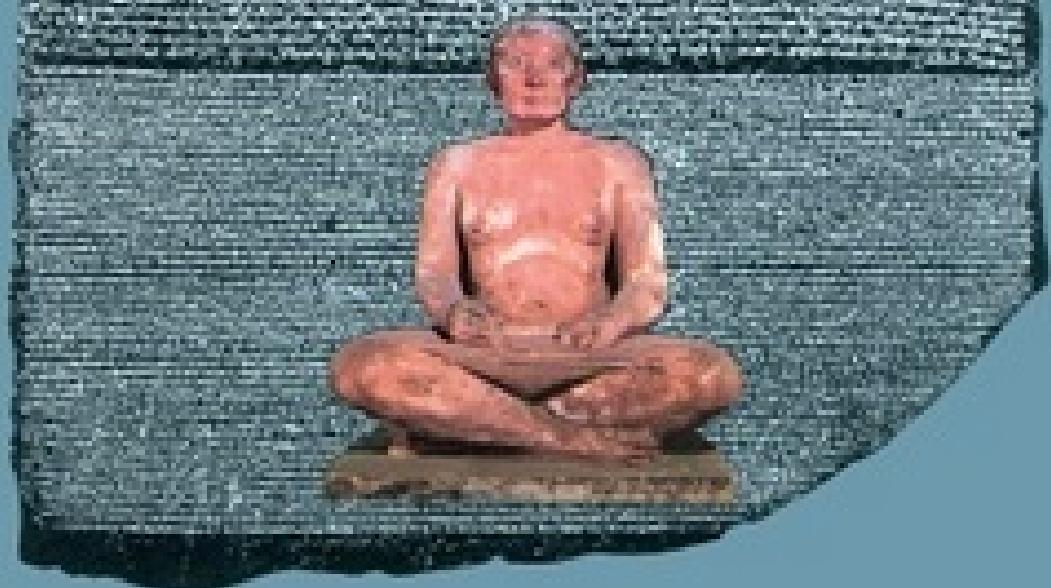


revista de la
Facultad de
traducción e
interpretación
de Soria

núm. 16

año 2014

HERMÉNEUS



ISSN: 1139-7489

Emmanuil ROÍDIS, «Monólogo de un hombre sensible»

Traducido por Amor LÓPEZ JIMENO
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN

Emmanuil Roídis es uno de los escritores griegos más importantes del siglo XIX. Nacido en 1836 en la isla de Siros, recibió una educación cosmopolita, con estancias en Génova, Berlín, Rumanía y Egipto. En 1863 se establece en Atenas y se dedica al periodismo y la literatura. Llegó a ser director de la Biblioteca Nacional. Sufrió un grave atropello que le dejó primero mudo y después completamente sordo. Finalmente murió de un infarto en 1904. Su *opera prima* fue *La Papisa Juana* (1866), una novela histórica entonces rompedora que hoy es un clásico, sobre la leyenda de que el papa Juan VIII (siglo IX) era, en realidad, una mujer. Su crítica acerada a la casta política, los herméticos círculos intelectuales pero sobre todo a la Iglesia ortodoxa, Institución *quasi* intocable y respetadísima por su labor de mantenimiento de la lengua e identidad griegas bajo la larga ocupación otomana, le costó la excomunión, aunque más tarde le sería levantada. Quizás por eso y pese al fulgurante éxito, no escribió más novelas y se centró en el relato breve. Sus relatos, ambientados en Atenas o en su Siros natal, a menudo autobiográficos, e influidos por las corrientes europeas, con su tono crítico, irónico, fresco y provocador, chocaban con el

costumbrismo imperante. Roídis aborrecía el nacionalismo exacerbado de sus compatriotas (entendible por los sucesivos éxitos militares frente a los detestados turcos), y soñaba con una Grecia más europeizada. Con esta intención renovadora se decidió también a adentrarse en la traducción, vertiendo al griego a Edgard Allan Poe, Dostoievski, Baudelaire y Chateaubriand. Sus relatos configuran un precioso testimonio de la sociedad griega finisecular y en especial de una Atenas provinciana que poco se parece a la caótica urbe de hoy. Sin embargo, por su agudeza y capacidad de observación, fina ironía y crítica despiadada de los círculos de poder, ya sea político, religioso o cultural, no han perdido un ápice de actualidad y vigencia. Este relato fue publicado por vez primera en el periódico *Embros* (Adelante) el 11 de noviembre de 1896. Con su ácida ironía el autor traza un retrato demoledor de la mentalidad imperante entre los atenienses. Hay que tener en cuenta que Atenas, al ser nombrada capital del nuevo Estado independiente, era una pequeña ciudad provinciana de apenas 10.000 habitantes. A lo largo del siglo XIX hará un considerable esfuerzo para convertirse en una metrópolis más cosmopolita y moderna, digna de la capitalidad.

Menuda desgracia es tener buen corazón. Lo digo por experiencia, ya que el Señor me hizo sensible en demasía. No puedo ver a nadie sufrir o llorar sin ponerme malo, ni comprendo cómo los demás consiguen acudir a todas las desgracias. ¿Qué se muere algún conocido? Van corre que te corre al velatorio, así esté nevando.

Yo, por el contrario, no puedo ni mirar el cadáver de alguien a quien haya conocido en vida sin que me invada el pensamiento de que yo también he de morir. Tampoco soportaría ver a los familiares del difunto si aparecieran tan enteros y resignados, porque detesto a los egoístas. Aunque también si lloraran desconsoladamente se me revolvería el estómago o se me cortaría la digestión.

Porque también mi estómago es sensible y hay dos cosas que no digiere de ninguna de las maneras: la langosta y las emociones. Las emociones es fácil evitarlas, pero no comer langosta sería un sacrificio tan grande que a menudo olvido lo indigesta que es y me recuerdo que hay que amar a cada cual con sus defectos.

Otra cosa que no puedo entender es que haya gente con el corazón tan duro que consienta que sus amigos se enfrenten en duelo. A mí que soy sensi-

ble, la mera idea de que a un amigo mío o a su adversario les pueda pasar algo me pone los pelos de punta.

Sobre todo cuando pienso que el día del duelo tengo que levantarme a las siete, a lo peor con un tiempo desapacible, perder un buen rato en salutaciones y lecturas del protocolo, y arriesgarme a tener que pagar el coche fúnebre si, Dios no lo quiera, es mi apadrinado el que cae muerto.

Grande debe de ser la insensibilidad de quienes prestan dinero a los amigos, sin considerar que puede darse la circunstancia de que no se lo devuelvan en plazo, y aquéllos los rehúyan por vergüenza. Esto puede parecerles una nimiedad a quienes tienen el corazón de piedra, pero a mí se me encogería si un viejo amigo se cruzara de acera simulando que no me ha visto. Esta es la razón por la que una vez decidí no prestar cien dracmas a un amigo, a sabiendas de que salvarían su honor y su vida. Antes que verlo como un desagradecido preferí llorarlo en su velatorio, y eso que mis escrúpulos hacia los cadáveres me impedirían asistir a sus funerales. Para evitar los sablazos de los amigos, invertí 25.000 dracmas en un enorme paquete de acciones del Banco de Crédito y de Arcángelos. Así tengo la excusa de que Gustas y Escalutsis¹ me han dejado en cueros, o sea, con sólo siete viviendas, con sus respectivas hipotecas, y 600 loterías que nadie sabe que poseo.

Hay que tener el corazón y la mollera duras para dar limosna a los pobres, sin pensar que, si un mendigo es capaz de trabajar, así fomentas su haraganería, y si por casualidad es cojo, encorvado, manco o leproso, el pan que le das lo único que hace es alargar su perra y miserable vida. No lo digo yo, lo dicen los grandes filósofos, Spencer y Darwin², que han demostrado cuán inhumanas son las organizaciones supuestamente filantrópicas, los hospicios, los asilos y las leproserías. He subrayado en sus libros esos pasajes y se los enseño a cuantos cometan la insensatez de pedirme dinero para evitar a las pobres criaturas morir en paz, cuando para ellas la verdadera beneficencia sería morirse.

Hace unos cuantos meses me envió, su eminencia el arzobispo Germános³, una delegación a pedirme una contribución ¡ni que yo fuera un gran terra-

¹ Corredores de bolsa de la época. Como curiosidad, el propio Roídis se había arruinado años antes (en 1873), precisamente por invertir en la Bolsa en acciones del Banco de Crédito.

² Spencer (1820-1903) filósofo inglés, ponente de la teoría de la evolución. Darwin (1809-1882) biólogo inglés, famoso por su famosa teoría de la evolución de las especies.

³ Debe de referirse a Γερμανός Β' (= Segundo) nacido Καλλιγά, (1844-1896) Μητροπολίτης (alto cargo de la Iglesia ortodoxa, equivalente a un Arzobispo) de Atenas entre 1889 y 1896.

teniente! para abrir en cada barrio de Atenas un comedor social donde los pobres pudieran tomar una taza de sopa y un trozo de carne por apenas quince céntimos. Si yo careciera de corazón como los demás, no me hubiera costado nada aportar yo también mis veinte dracmas. Pero mi sensibilidad no me perdonaría que, mientras yo como salmonetes y bistecs, a mi lado están dando de comer a esos desgraciados un aguachirli con callos.

Prueba de mi excesiva sensibilidad es mi matrimonio. Cuando estaba a punto de pasárseme el arroz, me empezaban a cansar las juergas y a atacarme el reúma, sentí la necesidad de tener mi casita y una mujercita que me cuidara. Como todo hijo de vecino, a mí también me gustan las guapas y como soy rico, me hubiera sido fácil encontrar una jovencita, siempre y cuando yo no pidiera dote. Otro en mi lugar lo habría hecho, pero yo pensé cuánto mortificaría mi sensibilidad la idea, si desposaba una chica guapa pero pobre, de que me hubiera aceptado no por mí mismo, sino por mis siete casas. No lo habría soportado, así que preferí sacrificarme y casarme con una rica feúcha. Mi nobleza de espíritu es tal que ni su enorme nariz ni sus dientes postizos me impiden no solo tratarla bien sino incluso quererla, tal vez más de lo que debería. Como prueba de mi amor basta contar que, cuando el año pasado cayó enferma, fui incapaz de verla sufrir. La tos y el gorgoteo de sus gárgaras me rompían el corazón y los tímpanos, y el olor a enfermo de la habitación me daba náuseas. Mi incapacidad de contemplar su sufrimiento me obligaba a estar fuera de casa de la mañana a la noche y alguna vez incluso de la noche a la mañana. La enfermedad de mi mujer me costó un dineral entre coches, teatros, comidas en el Gran Bretaña⁴ y excursiones con amigos a Kifisiá y Pendeli⁵. El mayor dispendio, sin embargo, fue un día en que mi mujer se puso fatal, y mi inquietud y pena eran tan grandes que necesité el consuelo de una francesa de Fáliro. No hace falta añadir que mi nobleza de espíritu y modales me impidieron decir nada de estos gastos a mi mujer cuando se repuso.

No tengo queja de ella. Procura complacerme en todo y nunca pregunta ni qué hago ni de dónde vengo. Es sensata, buena ama de casa, y me hace disfrutar sin gastar demasiado. La casa está reluciente, nunca me ha faltado un botón de la camisa y sé que siempre voy a encontrar en la mesa un plato de mi gusto. Incluso ha aprendido a cocinar la langosta con una salsa americana que

⁴ Lujoso hotel, situado en la plaza de Sintagma de Atenas, frente al palacio Real.

⁵ Distritos elegantes al norte de Atenas.

me permite comerla sin que me siente mal. Todo son ventajas. Solo le falta una cosa: sensibilidad. ¡Me di cuenta cuando caí enfermo yo!

Mientras que cuando enfermó ella yo fui incapaz de verla sufrir y tenía que irme de casa y buscar consuelo en juergas, ella no se apartó de mí ni un momento y veló a la cabecera de mi cama diez noches una detrás de otra. Quería darme las medicinas ella, cambiarme y acicalarme, sin ofenderse por mis malos modos ni mostrar repugnancia por las cataplasmas ni por el hedor a enfermo de la habitación. Eso me hizo sospechar que mi mujer no tenía ni olfato ni mucha sensibilidad. ¡¿Cómo hubiera podido si no, de haberla tenido, verme sufrir y padecer, arder de fiebre y acribillado a inyecciones?!

Llegué a creer que tenían en parte razón los que desconfían de las zalamerías de sus mujeres y las tienen por hipocresía. Pero es que sería injusto esperar que los demás posean mi excepcional y simpar sensibilidad.

Emmanuil Roídis. *Obras completas* (Απαντά), tomo 5. Ed. Άλκης Αγγέλου, tomo 5.
Atenas: Hermes, 1978. 37-55.